



Algunas notas y reflexiones sobre la vida monástica y las culturas indígena y afroamericana

I- La siembra de la Palabra en el pasado

A manera de introducción hago mías las palabras del Padre Bernard de Haití, quien dice que este tema es muy amplio y complejo. Sin embargo haré un intento de exposición.

En primer lugar, me parece que no debemos dejar de lado el pasado, el contexto mundial de los acontecimientos y las relaciones del monacato con las culturas indígenas y afroamericanas. El pasado nos ayuda a comprender el presente y a construir nuestro futuro.

No hace mucho tiempo se hablaba del V centenario del descubrimiento de América y de los 500 años de la evangelización del continente americano. Pero también se hablaba del encuentro de dos mundos. América, al principio, sólo conoció un aspecto: el genocidio; el conquistador, el robo y la imposición de un sistema económico e ideológico que marginó a América de todo desarrollo hasta nuestros días. Además con la conquista se corta la reproducción ideológica y material de los indígenas; culturas de miles de años son violentamente mutiladas debido a los trabajos serviles y a la reubicación de los indígenas en “pueblos de indios”, lo que no les permite seguir conservándolas ni transmitiéndolas a sus hijos en su totalidad.

A pesar de la expresión “500 años de colonización y evangelización” para muchos indígenas de América todo este tiempo ha sido un proceso de muerte y de recuperación de la propia identidad.

Muchos indígenas fueron obligados, en el pasado, a negar todo aquello que constituía su ser indígena y a negar las tradiciones de sus antepasados. Se decía que cuanto más se esforzara uno en pensar como piensa el blanco, más pronto llegaría a la meta. Y esto vale también para las culturas afroamericanas.

Desde hace varios siglos, este ha sido el criterio que ha guiado a una sociedad individualista. Y sin temor a equivocarme, este criterio todavía se sigue usando en algunos de nuestros países. En aquel tiempo, se ofrecieron valores que los indígenas jamás hubieran aceptado como tales, pero tuvieron que hacerlo porque estos formaban parte de la cultura de los conquistadores. El resultado fue una ruptura interior que trajo consecuencias fatales, un desequilibrio que no se puede expresar con palabras.

Las cosas se hicieron aún más difíciles cuando se veía al indígena con prejuicio y con toda clase de dudas. Y esto ocurrió así, porque cuando los europeos llegaron a estas tierras de América, estaban perdidos. Cuando veían a los habitantes de este continente no sabían si lo que estaban viendo —es decir, los nativos— eran personas, seres humanos o animales. Fue en 1537 cuando se reconoció oficialmente que eran seres humanos, pero de segunda clase, de segunda categoría.

Y en esto, también la Iglesia estuvo participando. Los ejércitos, por ejemplo, traían de España a sus capellanes. Capellanes de distintas órdenes religiosas vinieron a evangelizar acompañando a los soldados españoles. Creían que venían en nombre de Dios a convertir a la fuerza a los moradores de estas tierras. Con su presencia y acompañamiento aprobaban lo que los soldados hacían (recordemos en este sentido la famosa alianza entre la cruz y la espada).

Claro, sería una ingratitud y una falsedad decir que todos los religiosos fueron así o actuaron así, porque muchos fueron fieles al Evangelio y llegaron a ser santos.

En Guatemala, por ejemplo, hay un caso claro de fidelidad. En los tiempos de la conquista los españoles lograron entrar en una región hostil indígena sin el uso de sus armas. Estos españoles fueron los dominicos quienes pacíficamente entraron en aquel territorio. Por eso, aquel lugar hasta hoy se llama Las Verapaces.

Y a propósito de los misioneros que llegaron por primera vez a Las Verapaces, quisiera señalar un punto interesante. En la historia de Guate-

mala, el misionero más popular y considerado por muchos como el primer gran defensor de los indios fue Fray Bartolomé de Las Casas.

Él luchó con todas sus energías para que los indios no fueran considerados como esclavos y seres inferiores. Sus esfuerzos no fueron en vano porque logró la abolición de la esclavitud de los nativos. Pero al mismo tiempo hay una nota que mancha sus anhelos y aspiraciones. Se dice que él permitió que en lugar de usar a los indios como esclavos, se usaran a los negros traídos de África. Si esto se lograra comprobar, se tendría que concluir diciendo que lo que él había llegado a construir, él mismo lo destruyó.

II- La siembra de la Palabra en nuestros días

Para muchos de mis hermanos indígenas, el Cristianismo —lamentablemente— ha sido y sigue siendo una religión extranjera, dominante, agresiva y prepotente. Nunca la han visto preocupada por ellos, por sus valores y su visión del mundo.

En mis 43 años de vida me ha tocado experimentar en carne propia (claro que en menor grado que la mayoría de mis hermanos indígenas) la discriminación, el odio, el despojo, el desprecio por parte del blanco o del mestizo. Recuerdo muy bien cuando yo era adolescente que el indígena guatemalteco no tenía acceso a casi nada. No podía ingresar en la universidad, ni en las escuelas superiores, ni en algunos seminarios, o algunas congregaciones religiosas, ni siquiera en la academia militar.

En mi familia, mis hermanas tuvieron que cambiar su traje indígena y tuvieron que aprender a pensar como los blancos, cuando quisieron ingresar en un colegio dirigido por religiosas. Tuvieron que hacer algo que no les agradaba, pero era la única forma de llegar a ser alguien en la vida.

En 1963 el presidente de mi país llegó a decir: "Al indio no hay que darle estudios porque va a abrir los ojos, se dará cuenta de la realidad y acabará con nosotros".

Gracias a Dios las cosas van cambiando poco a poco. Me anima lo que se dice en los documentos de los Obispos Latinoamericanos reunidos en Santo Domingo:

La venida del Espíritu Santo, en Pentecostés, pone de manifiesto la universalidad del mandato evangelizador; pretende llegar a toda cultura; manifiesta la diversidad cultural de los fieles, cuando oían hablar a los apóstoles, cada uno en su propia lengua (DSD 228).

Empezamos a ver ahora todo un campo fértil y abierto para el indígena.

En este sentido, los indígenas empiezan a tener una serie de posibilidades y ellos mismos se han convertido en un campo fértil en el cual se puede sembrar muy bien la semilla de la Palabra de Dios, al estilo de San Benito.

Los tres monasterios Benedictinos masculinos que existen en mi país son de origen extranjero. Y esto, creo yo, contribuyó a lo que aprendí ingenuamente en mi infancia: en ese entonces se rumoreaba que los sacerdotes tenían que ser extranjeros y personas intocables, conocedoras de todo.

Por otro lado, muchísimos de mis hermanos indígenas no entienden lo que es el clero diocesano ni lo que es el clero religioso; para ellos, todos son iguales. Ahora algunos están en este proceso de aprendizaje a través de la catequesis.

Pero para quienes aún no logran entender la diferencia, son capaces de afirmar, según sus creencias y lo que aprendieron de sus antepasados, que los sacerdotes deben ser extranjeros. Y nosotros, como monjes nativos e indígenas, somos considerados por ellos como personas consagradas pero de segunda clase.

Y hablando de posibilidades para el indígena de hoy, un buen número de ellos se está dando cuenta de cómo somos y cómo es nuestro estilo de vida. Ven que es un estilo de vida diferente y se preguntan: ¿Por qué? En otras palabras, no todo es sombrío. Gracias a Dios hay testimonios de amor, de entrega total, de esfuerzo, de integración y de adaptación generosa al mundo de los indígenas. Un testimonio palpable procede de las Hermanas Benedictinas pertenecientes a la única comunidad femenina (ya que para hombres hay tres), que se encuentra trabajando en la ciudad de Cobán (al norte del país) y en sus alrededores.

Yo creo que ellas nos llevan la delantera en compartir e irradiar con su vida y su trabajo la vida monástica en aquel territorio. Y también nos llevan la delantera en tener más vocaciones. Concretamente hablo de las Hermanas Benedictinas del Monasterio Reina de la Paz.

Ellas han encontrado la clave para vivir pacíficamente el Ora et Labora de San Benito con vocaciones de distintas regiones. Se dan cuenta de que Guatemala siendo un país muy pequeño en cuanto a su extensión, sin embargo, posee una riqueza incalculable por la diversidad de sus culturas. Existe un pluralismo en cuanto a etnias —cada una con su propio idioma y su traje típico. Por encima de estas diferencias, en cierto modo accidentales, han experimentado que es posible compartir, en cierto grado, costumbres, tradiciones, ceremonias y ritos religiosos más o menos comunes. A este respecto quisiera destacar que ellas están conscientes del Dios de los kekchés (que son los indígenas del área de Cobán). Los kekchés tienen un profundo respeto por la tierra y la llaman la Madre Tierra solo que utilizan su verdadero nombre en kekchí que es: TZULTAKA.

Entre los kekchés esto es un simple fenómeno animista. Según ellos, todo ser tiene su xmuel, su espíritu. El cerro también tiene el suyo, por lo que lo consideran vivo, capaz de entender. Tiene poder recibido de Dios y ayuda a todos sus hijos, que son los hombres, los animales y las plantas. Ellos, sin darse cuenta, están utilizando otro camino para llegar al Dios de la creación, al Dios de Jesucristo. Por supuesto que el misionero y el monje tendrán que orientar esta postura. Algunas de las características sobresalientes de estas etnias es su tremenda fe en Dios y su gran esperanza en el Dios vivo.

Estas Hermanas Benedictinas vinieron de otro país y al llegar empezaron a trabajar no en la ciudad de Cobán, sino en otros pueblos, sirviendo en actividades parroquiales y en la educación en materia de artes domésticas.

Estas Hermanas con la ayuda de Dios, han logrado un alto grado de integración. Pues, después de ciertos años de la fundación de su monasterio, han acogido en su seno a señoritas indígenas de diferentes culturas. Estas señoritas que después llegaron a profesar han dicho que se sienten respetadas cada una en su propia identidad, que son aceptadas con sus costumbres, sus trajes y sus idiomas; sienten que les han ido dando ciertas responsabilidades en favor del bien común, sus dones son valorados, les ofrecen las mismas oportunidades de estudio y superación dentro y fuera de la comunidad; sienten también que son valoradas no tanto por lo que hacen sino por lo que son. En esta experiencia comunitaria, dicen, nadie se siente inferior o superior, todas son iguales y esto las ayuda a crecer en su

madurez humana y espiritual, y se convierten en instrumentos dóciles que atraen a otras jóvenes para probar la vida monástica.

Ellas, manteniendo nuestro lema: "Ora et Labora" y la prioridad de la oración, han asumido comunitariamente otras responsabilidades, otros servicios como por ejemplo, tener a su cargo una imprenta. Esta experiencia las hace sentirse en comunión con otros hermanos y hermanas en la continua búsqueda en el servicio al mismo y único Dios.

Finalmente, este proceso de integración, en el cual se ha tenido especial cuidado respecto a la identidad personal, no siempre ha sido fácil.

Para ellas, la vida monástica es un proyecto de vida al igual que cada una de las culturas. La experiencia les ha enseñado que cuando se conjugan estas dos fuentes y fuerzas de vida, ambas se pueden unir en cada persona sin mutilar su individualidad.

El monasterio Reina de La Paz se ha convertido en un oasis de oración, de fe, de caridad y de hospitalidad. Las personas que viven en esas regiones tienen la dicha y la suerte de experimentar, si quieren, lo que ofrece la vida monástica.

Me atrevo a decir que esta región es un ejemplo más o menos aislado. Porque Guatemala tiene veintidós provincias o departamentos. De entre estos uno que se llama Huehuetenango, que limita con México, en el que se hablan por lo menos seis idiomas indígenas diferentes y hay naturalmente seis tribus diferentes. Esto nos lleva a pensar que todavía hay mucho que hacer, y hay mucho campo y muchas posibilidades de implantar el Reino de Dios a través de la vida monástica.

Esto que hemos dicho hasta ahora acerca de la vida monástica y concretamente de las Hermanas del monasterio Reina de la Paz, tiene puntos similares con los que nos presenta el Padre Bernard, de Haití, que nos habla de la vida monástica y de la culturas africanas y afroamericanas.

El Padre Bernard empieza diciéndonos que su monasterio Mome Saint Benoît fue fundado en Haití hace 12 años. Y una de las principales preocupaciones de los fundadores fue crear condiciones que permitieran a los jóvenes haitianos vivir la auténtica tradición de hijos de San Benito siendo al mismo tiempo auténticos haitianos. Según él, estas reflexiones están orientadas hacia esa finalidad de los fundadores: simplemente ser

monje y ser haitiano. Él cree que no puede haber vida monástica sin una encarnación en una determinada cultura y tradición.

El primer paso que dió el grupo fundador, fue el de familiarizarse con la cultura local.

En otras palabras, hacerse haitianos con los haitianos. Pero con este paso hay que ser muy prudentes, porque si se crea confusión el resultado será que nunca seremos haitianos y los mismos haitianos nunca nos aceptarán como tales.

El P. Bernard continúa diciéndonos que para la población pobre que los rodea, "un extranjero" es sinónimo de gente poderosa y rica de quien se pueden aprovechar muy bien. El resultado es que es imposible establecer una relación de igualdad con los vecinos que no tienen nada, tal como se hubiera deseado.

Pero, ser extranjero podría también significar otra cosa: hacerles entender que estamos para servirlos aun con recursos materiales. Y al mismo tiempo aprovechar ese tiempo de diálogo para explicarles qué es un monasterio. De esta iniciativa y de esta práctica surgió la expresión: "Los Padres que se esconden". Esta simpática expresión indica precisamente una de las características que queremos vivir: la vida solitaria, la vida del desierto, para dedicarnos más eficazmente a la oración. Si se explica de este modo, un joven haitiano lo podrá comprender fácilmente.

Para el pueblo haitiano, la oración aparece como algo muy natural. El P. Bernard se pregunta si ellos (los franceses) no podrían llegar a aprender del pueblo haitiano cómo poder rezar.

Prosigue diciéndonos que la inculturación va mucho más allá de algunas adaptaciones externas, por ejemplo en la liturgia. Se pregunta: ¿tendré el suficiente valor como para recibir una lección de este pueblo? Vivir mi voto de conversión supone dejarme interpelar por los valores profundamente religiosos de este pueblo. Sin embargo, esta religiosidad del pueblo haitiano tiene ciertas ambigüedades, pues tiene como base el animismo, traído de África. Hay un sincretismo difícilmente discernible entre el Vudú (como decimos en español) y el cristianismo. Los nombres de los santos cristianos, por ejemplo, fueron atribuidos a los espíritus del Vudú. Por otro lado, cabe mencionar que los espíritus del Vudú son de naturaleza muy variada: pueden ser buenos y malos. El practicante del Vudú vive más bajo el dominio del temor que bajo el dominio del amor. Jesucristo

vino precisamente a liberarnos de ese temor servil. Esto que se ha dicho, no hay que olvidarlo en el momento que adquirimos valores procedentes del Vudú.

El P. Bernard cree que la inculturación tiene que llevarse a cabo en varios aspectos y en diferentes niveles o planos:

Primera etapa: la vida cotidiana

Aprender el idioma, conocer las costumbres y los usos del pueblo. Y además no se tienen que IMPONER las costumbres occidentales (él dice: mis costumbres occidentales)

Pero es necesario hacer un discernimiento. Nuestra cultura occidental ¿no recibió acaso algún valor del Cristianismo? Un ejemplo que nos proporciona el monasterio San Benito de Haití es el siguiente: en general, en Haití, no tienen la costumbre de comer juntos. Los visitantes en el monasterio no saben cómo portarse en la mesa, ni siquiera se les ocurre pasarle la comida al vecino. ¿De dónde viene esta costumbre de comer juntos? Naturalmente, de Occidente. Tal vez la Regla de San Benito haya influido en toda la población, pues se nota que este fenómeno ahora ya es bastante común. Enseñar a este pueblo a compartir la comida, ¿no será o no podría ser un enriquecimiento para las culturas indígenas y afroamericanas?

Segunda etapa: la expresión de la oración

La oración profunda se hace en la propia lengua y según la propia cultura. Esta inculturación, solo los nativos sabían hacerla. La iniciativa es de los nativos, dejar que ellos se expresen a su manera. En esto, es prudente hacer también un discernimiento.

Por ejemplo, el ritmo del tambor que para algunos podría no significar nada, para otros tiene significado. De lo contrario, podrían llegar a crearse en el corazón haitiano algunos sentimientos incompatibles con la fe en Jesucristo.

Tercera etapa: los valores monásticos

La inculturación del monaquismo en una nueva cultura es un proceso que requiere un largo tiempo. No olvidemos que el monaquismo occidental actual es el fruto de 15 siglos de historia, marcados por renovaciones y decadencias, en contextos sociológicos que han evolucionado. Además, tenemos que tener presente que la cultura en la que estamos, sigue evolucionando bajo el influjo y la agresión de la cultura occidental dominante.

Actualmente la cultura haitiana no está unificada; se nota una brecha profunda entre un joven nacido en la ciudad y un joven procedente del campo. Recordemos que la inculturación no es el folklore. Porque, bajo el pretexto de respetar la cultura de un joven, existe el peligro de negarle la educación, quedándonos solos nosotros con el conocimiento y el poder. En todo esto se tendrá que hacer un esfuerzo por mantener un sano equilibrio.

¿Qué será del monaquismo haitiano dentro de treinta o cuarenta años? Es imposible responder esta pregunta, pero su valor dependerá con toda seguridad de la autenticidad con la que nosotros, los europeos (dice el P. Bernard), vivamos hoy nuestros propios valores recibidos de la tradición. Además tenemos que estar abiertos a los valores indígenas y afroamericanos que no se encuentran en la cultura en la cual nacimos, pero que pueden ser más compatibles con las enseñanzas del Evangelio. (Hasta aquí el aporte del P. Bernard).

Como dije anteriormente, en Guatemala hay tres monasterios benedictinos masculinos. Hay uno en la parte oriental del país. Yo pertenecía a esa comunidad y por razones de salud tuve que trasladarme a otro monasterio. Creo con toda sinceridad que el monasterio al que pertenecía ha progresado más rápidamente en el aspecto vocacional. Tienen más vocaciones que los otros dos. Debido a su progreso pasó de Priorato a Abadía. En mi experiencia monástica, en mi actual monasterio, he visto un desfile de candidatos e incluso vi monjes con votos solemnes dejar el monasterio. Me causa profunda tristeza cuando escucho conversaciones abiertas, es decir públicas, entre los monjes que se quieren retirar y algunos ancianos. Los que se retiran llegan a decir que se van porque no logran descubrir el rostro de Jesucristo en sus mayores, tal como nos lo manda la Regla de San Benito. Y cuando nos preguntamos por qué nuestros candidatos se van o por qué tal monje se retira, surgen varias respuestas. Las respuestas van desde las más radicales hasta las más simples que causan risa. Ante esta

variedad de respuestas, es mejor callar porque se podría herir la sensibilidad de algunos.

Como ya dije, muchos indígenas han pasado por mi monasterio, pero muy pocos nos hemos quedado. Y con toda honestidad quiero decir que, muchos de los que se retiraron, pudieron haber sido muy buenos monjes si tan solo se les hubiera brindado un poco más de comprensión, acompañamiento, paciencia y dejado de verlos desde arriba. Con esto, no quiero decir que los indígenas seamos intocables e intachables, y que no se nos pueda reprochar una fuerte dosis de irreponsabilidad e inmadurez.

En Guatemala hay muchas y diferentes étnias o tribus. Si bien es cierto que en ellas hay algo común, también entre cada una de ellas hay marcadas diferencias. Con tristeza constato hoy que los indígenas en general, estamos divididos. Y esta división ha sido causada por varios factores.

Hace poco se dio un caso claro de esta división entre los indígenas. Como ustedes seguramente saben, el año pasado, Rigoberta Menchú, una indígena guatemalteca de la tribu Quiché, ganó el Premio Nobel de la Paz (quiero aprovechar esta oportunidad para explicar lo siguiente: he estado utilizando a veces el término indígena y no indio, porque en Guatemala la palabra indio es un insulto). Volviendo al caso, la Señora Rigoberta Menchú y sus acompañantes dispusieron realizar una reunión conmemorativa en un pueblo que se llama Santiago Atitlán, situado en las orillas del lago Atitlán. Esa reunión fue para conmemorar la masacre de varios indígenas perpetrada por las tropas del ejército. Pero se les negó el ingreso en tal pueblo. Ella creyó que por el simple hecho de haber recibido el Premio Nobel de la Paz, todas las puertas le serían abiertas. No pensó que la tribu Tzutuhil que habita en Santiago Atitlán está bien organizada y que guarda una jerarquía. No sabía que para entrar en ese pueblo para tal evento, necesitaba el permiso de los ancianos, y como no lo tenía no logró ingresar.

A propósito es conveniente decir que, a Rigoberta Menchú la sigue un grupo reducido, porque los indígenas de otras tribus dicen que ese premio que ella ganó, no tiene ningún sentido, pues lo ganó fuera del país, cuando su deber era estar viviendo, acompañando y sufriendo con todos sus hermanos indígenas. Actualmente vive en México. Con frecuencia viaja a diferentes partes del mundo, visitando al mismo tiempo elegantes y

suntuosos hoteles. Hace poco supimos que un grupo de mujeres impidió su ingreso en algún lugar de ese territorio que llamamos Las Verapaces.

Estoy en total desacuerdo con algunos estudiosos y entre ellos algunos religiosos que, cuando se refieren al indígena dicen que éstos, son incapaces de vivir la vida monástica e incapaces de guardar el celibato.

Además dicen que son borrachos y holgazanes. Incluso, algunos han llegado a decir que el alcohol es parte de las culturas indígenas, cosa que rechazo totalmente.

A este respecto recordemos que, muchas enfermedades y vicios, los indígenas los adquirieron en su contacto con los europeos. Además, no se ha llegado a demostrar, ni existe aún un dato histórico que afirme que la prostitución, por ejemplo, haya existido en este continente antes de su contacto con los conquistadores.

Finalmente, me he dado cuenta que, cuando algunos monjes de otros países son enviados a los monasterios latinoamericanos y concretamente a Guatemala, no perseveran, están un tiempo corto y luego regresan a sus países. Y he preguntado varias veces por qué y la respuesta es la misma: es un problema de inculturación.

III- La siembra de la Palabra en el futuro

Al igual, que nuestros hermanos de Haití, creo que la inculturación es un problema y una realidad al igual que la evangelización de las culturas.

Pero debemos tomar en cuenta que la inculturación incluye varios aspectos y diversos niveles que hay que distinguir, pero que no se pueden separar.

De una manera sencilla se podría decir que la inculturación, es la encarnación primeramente de la vida (y posteriormente del mensaje cristiano) en un área cultural concreta, de tal manera que esa no sólo llegue a expresarse en los elementos propios de una cultura, sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y recree esa cultura, dando así origen a una nueva creación por así decirlo. Además hay que decir que la necesidad de la inculturación debe ser algo universal.

Quisiera citar un pequeño párrafo de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI. El Papa dice: El Evangelio, y por tanto la evangelización, no se identifican en modo alguno con la cultura, y son independientes con respecto a toda cultura. La división entre el Evangelio y la cultura es sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue en tiempos pasados. Por consiguiente, hay que hacer todos los esfuerzos posibles para asegurar una evangelización de la cultura o más correctamente de las culturas. Las cuales deben ser regeneradas mediante el encuentro con el Evangelio. Pero este encuentro no tendrá lugar si no se proclama el Evangelio (EN 20). En este texto —como vemos—, el objeto de la inculturación es la Iglesia. Algunos hablan de la inculturación del Evangelio, pero creo que no es del todo convincente. Esta forma de hablar no considera el carácter transcultural del Evangelio ni su carácter universal, por estar destinado a todos los pueblos. El Evangelio no puede ser confinado en una cultura particular. No podría aceptarse la expresión: "inculturación del Evangelio", porque implica que el punto principal de referencia es la cultura y no el Evangelio. Pero sabemos que la cultura no puede constituir el criterio para el Evangelio, precisamente porque la cultura no es una entidad estática, sino dinámica, en el sentido que está sujeta a cambios y depende de varios factores, mientras que el Evangelio no puede ser aprisionado en los estrechos límites de una cultura particular. Al hablar de evangelización de las culturas, hay que tomar en cuenta lo siguiente: las culturas en cuanto tales no son objeto de evangelización. Son solamente expresiones concretas de una manera humana de pensar y de vivir. Cuando los hombres y los pueblos cambian sus mentes y sus vidas para conformarlos a los valores del Evangelio, se puede decir que hubo un cambio de cultura. Las culturas solo se evangelizan indirectamente, mediante los hombres que las viven.

Yo creo que la inculturación es un problema al igual que la evangelización de las culturas. Estoy muy conforme con el concepto de cultura que encontramos en los Documentos de los Obispos reunidos en Santo Domingo: La cultura es cultivo y expresión de todo lo humano en relación amorosa con la naturaleza y en la dimensión comunitaria de los pueblos (DSD 228).

¿Qué debemos hacer?

1) Me atrevería a decir con mucho optimismo que el indígena todavía es un campo vasto y profundo en el cual se puede sembrar perfectamente

la semilla de la Palabra de Dios a través de la vida monástica, y que los no indígenas deberían aprovechar (en el sentido sano de la palabra) y conocer.

Recordemos que para los indígenas, toda la tierra es la Iglesia, es como un santuario, en el cual cada objeto tiene una función y un lugar específico y armonioso para alabar al Creador. El indígena venera con incienso las cosas de la naturaleza, porque en ellas logra descubrir las huellas de Dios Creador. En este sentido, debemos entender que cada tribu, cada pueblo tiene su modalidad de concebir la Divinidad por medio del ejemplo de la oración; y estas modalidades están condicionadas por las situaciones ambientales e históricas de cada pueblo.

2) Con mis reflexiones, no quiero beatificar a mis hermanos, los indígenas. Repruebo los sacrificios humanos de mis antepasados los Mayas, los Incas y los Aztecas. Que esto nunca vuelva a repetirse entre nosotros.

3) El indígena y me atrevo a decir que también el afroamericano practican una religión sincretista. Mezclan elementos y verdades cristianas con elementos de las religiones de sus antepasados, los cuales no creo que sean del todo paganos. A nosotros, como cristianos y monjes, nos toca como dice San Pablo: *Verlo todo y quedarnos con lo bueno.*

Nos toca ir purificando estos elementos para llegar al descubrimiento del rostro del verdadero Dios, del Dios de Jesucristo.

4) Pero si queremos seguir sembrando la semilla de la Palabra de Dios a través del monaquismo, tenemos que poner en práctica el fenómeno de la inculturación, tomando en cuenta los siguientes aspectos:

a) Tanto Haití como Guatemala, tienen mucho en común: son países del tercer mundo, diferentes grupos raciales, diferentes idiomas, diferentes maneras de concebir la Divinidad, diferentes maneras de relacionarse con Dios y hasta diferentes formas de manifestar o expresar su religiosidad.

b) Ya no es posible hablar, en nuestros días, en singular, es decir: cultura indígena o afroamericana o africana sino: culturas indígenas, culturas afroamericanas (porque en el traslado de África hacia América se dieron algunos cambios), y culturas africanas. Porque si hablamos de África, por ejemplo, no puede negarse que existen algunos valores comunes característicos de los pueblos africanos, pero, hay que tomar en cuenta que el modo de vivir de muchos pueblos y tribus africanas difieren mucho los unos de los otros.

Para mí, la inculturación de la fe debe ser un proceso dinámico, gradual y profundo. En este sentido, ambos tenemos que dar y recibir algo: los indígenas deberán ceder algo y los no indígenas deberán ceder otra parte.

También por parte de los no indígenas, aprender de ellos a respetar las formas sencillas, solemnes (y no diabólicas o demoníacas como han dicho algunos), que los indígenas utilizan para manifestar su fe. Y por parte de los indígenas, confiar con ojos de fe en los no indígenas o blancos.

5) El afroamericano y el indígena son capaces de vivir la vida monástica. Cuando se hace una experiencia de inculturación, uno llega a darse cuenta de que eso es posible. Tanto el indígena como el afroamericano, nacen con cierta predisposición que los inclina hacia la vida comunitaria monástica.

Lo que nos dice San Benito en el capítulo 4 acerca de los instrumentos de las buenas obras, es ya vivido por el indígena, que naturalmente es amante, por ejemplo, de la solidaridad, la comunión, la atención al otro, la relación estrecha con la naturaleza.

6) Otros valores monásticos que el indígena ya vive, sin saber que son valores monásticos, son los siguientes: es obediente, es en general amante del silencio, del trabajo, practica el sacrificio, le gusta cooperar y ofrecer un servicio a quien lo necesite, es respetuoso y le gusta ser respetado.

Aspectos especiales

Con este título quiero expresar ciertos fenómenos que se dieron antes y se siguen dando ahora, en los cuales los indígenas han sido los protagonistas:

a) En el siglo pasado, a raíz de la revolución liberal encabezada por el General Justo Rufino Barrios, fueron expulsados casi todos los sacerdotes, los religiosos y las religiosas del país. Quedando Guatemala sin pastores, fueron las cofradías, las asociaciones piadosas, los grupos apostólicos de aquel tiempo, y también los catequistas laicos quienes dirigieron, por así decirlo, los destinos de la Iglesia. Fueron los catequistas laicos, y en su

mayoría indígenas, quienes heroicamente lucharon para mantener viva la llama de la fe de los cristianos.

b) En los años 1980 y 1982 se llevaron a cabo por parte del ejército de Guatemala horribles masacres de indígenas en el altiplano del país que no se pueden describir. Tal vez estoy exagerando, pero en esos años todo indígena era sospechoso. Ser indígena era sinónimo de guerrillero. Y todo esto por defender los intereses de la nación y los intereses de otros países poderosos.

c) ¡Atención! Hoy está pasando algo muy curioso entre los indígenas. Aunque ellos no sepan teóricamente qué es la vida monástica y qué es un monje, sin embargo, en la práctica sí lo saben. Se dan cuenta de la diferencia que hay entre la liturgia celebrada por ejemplo por un sacerdote diocesano y la celebrada por un sacerdote benedictino. Me pregunto: ¿no podríamos aprovechar la liturgia para acercarnos a ellos, para aceptarlos, para solidarizarnos con ellos y para orientarlos al Dios de Jesucristo?

d) En muchos lugares por la gracia de Dios, los laicos nos buscan. ¿Por qué? Porque el apostolado que realizamos conlleva una serie de necesidades que se han convertido para muchos en fuentes verdaderas de trabajo, y se sienten atraídos porque saben que somos ejemplos en el dar a nuestros trabajadores laicos un salario justo, digno y estable.

e) ¡Cuidado! El indígena en general es muy susceptible y sufre enormemente un complejo de inferioridad (tal vez esto sea un producto de la Conquista). Muchas veces una cosa pequeña, la siente muy grande. Si nosotros sabemos que este es uno de los puntos débiles, por favor no usemos esta susceptibilidad para dominarlos o para oprimirlos más. Y esto que estoy señalando para los laicos, vale también para los monjes benedictinos y para aquellos que quieran llegar a ser benedictinos.

f) En 1983, el Papa Juan Pablo II visitó Guatemala, y en una parte de su mensaje a los indígenas les decía que tuvieran cuidado con el alcohol. Con esto que voy a decir no quiero defendirme, sino simplemente recordarles que no debemos hacer generalizaciones entre los gremios y las personas. No podemos decir que, porque algunos indígenas son borrachos, todos los indígenas lo son. Esta sería una falsa deducción.

g) Algo que no aceptan los indígenas es la imposición de cosas, reglamentos o maneras de pensar. Varios pastores (obispos, sacerdotes, religiosas) de otros países han actuado así en diferentes partes de nuestro

territorio y las consecuencias han sido desastrosas. Algunos tuvieron que salir del país a raíz de una amenaza. En el trato con los laicos y con nuestros monjes indígenas no imponamos las cosas.

h) Retorno una vez más a la palabra inculturación, porque es una de las claves para convivir dinámica y armoniosamente con los afroamericanos y con los indígenas. Y los documentos de los Obispos en Santo Domingo hablan de una nueva evangelización inculturada. En este caso, me estoy refiriendo concretamente a los afroamericanos y a los indígenas. Como dice el P. Bernard de Haití, es importante conocer el lenguaje de una tribu o de un grupo de personas. En Guatemala hay muchos agentes de pastoral extranjeros, que viven en áreas casi completamente indígenas y que tal vez llevan viviendo en esas regiones más de 25 años y todavía no saben el idioma de los indígenas de las regiones donde viven. Como dije, no es que el idioma sea lo más importante, pero es como la llave que nos abre las puertas de un mundo que nosotros no conocemos.

Yo diría que, además del idioma o del lenguaje de un determinado grupo de personas —en este caso, se trata de los afroamericanos e indígenas—, hay que ir todavía más lejos, más a la profundidad, y si fuera posible, llegar a sentirse indígena con los indígenas y afroamericano, con los afroamericanos.

Acerca del discernimiento del cual hablaba el P. Bernard, me atrevo a agregar algo muy interesante. Algo que está causando confusión entre los indígenas en Guatemala: últimamente ha aparecido un grupo que se auto-denomina "Sacerdotes Mayas", y practican ciertos ritos y ceremonias que en lugar de ayudar, están desorientando a muchos cristianos indígenas. La religión maya "pura" ya no existe. Lo que probablemente están haciendo es un esfuerzo por rescatar alguna ceremonia únicamente. Y a veces esto provoca cierto malestar en los mismos cristianos, porque por un lado ya no saben en quién creer, y por otro lado, este fenómeno da la impresión de estar realizando una competencia religiosa indígena.

IV- Conclusión

Al finalizar estas sencillas reflexiones, quisiera solamente decir lo siguiente: la vida monástica es relativamente nueva en Centroamérica.

En Guatemala, de cada diez personas, seis son indígenas. ¿Por qué los afroamericanos, los indígenas y los blancos no hacemos un nuevo intento para comprendernos y ayudarnos mutuamente?

¿Por qué no nos dan, a los afroamericanos y a los indígenas, una nueva oportunidad para saborear las delicias de la vida monástica? ¿Cómo sabrán los laicos o cómo se darán cuenta de que somos verdaderos cristianos y monjes? La respuesta la da el Evangelio: *Por sus frutos, los conocerán (Mt.7,20)*.

¿Por qué no nos dan una nueva oportunidad? Quisiéramos demostrarles a todos lo que dice el Profeta Isías:

Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé semilla al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mi vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo (*Is.55,10-11*).

Denos la oportunidad de compartirles lo que somos capaces de ser y de dar. Confiados en la misericordia infinita de Dios, queremos demostrarles que los afroamericanos y los indígenas, somos capaces de vivir la vida monástica hoy.